



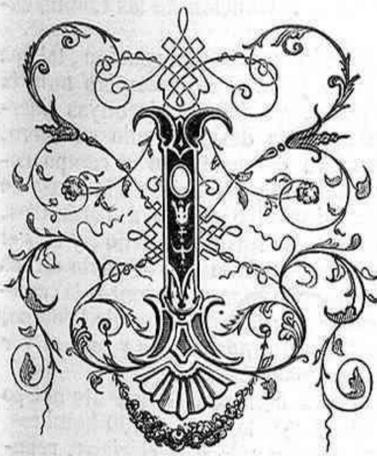
EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 10. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; y un año 80 rs.

MADRID 6 DE MARZO DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



nitium sapientiæ est timor Domini; así empezó el señor don Lorenzo Arrazola, en 1830, un librito destinado á las escuelas de latin, del cual se hicieron por aquel tiempo muchas ediciones, porque apenas hubo dominé en los seminarios, que eran muchos, que no lo

mandase comprar á sus alumnos, que no eran pocos. Treinta y cuatro años despues de estos acontecimientos, el señor don Lorenzo Arrazola era por tercera vez ministro y se hallaba presidiendo un gabinete; y cuenta la crónica que se acordó mas de una vez de la máxima escrita al frente de su libro. Pero debió de olvidarla en alguna ocasion, pecando por sobra de confianza, y así esplican algunos los sucesos de la última semana, porque la confianza es opuesta al temor; el que confía no teme, y el que teme desconfía. Así la máxima latina de que vamos hablando, podría traducirse al español por esta: de manos á boca se pierde la sopa; refrán que enseña, que aun teniendo un bien en la mano se puede perder antes de gozarlo. Esta es una reflexion que muchos se habrán hecho á sí mismos en la semana pasada, en la cual han tenido la sopa en la mano con tanta seguridad de llevarla á la boca como el que mas; y sin embargo, se les ha perdido: leccion que podrán aprovechar para otra vez. Cuando otra vez suceda que á un hombre se le presente proporcion de tomar una sopa, en vez de tomarla primero en la mano, á fin de no perder

un tiempo precioso, deberá arrojarse sobre ella de bruces.

Estas consideraciones generales se aplican á todos los casos, y por tanto no tienen una aplicacion esclusiva y particular á los acontecimientos de la semana anterior. Durante ella hubo y se resolvió una crisis ministerial: las secciones del Congreso derrotaron al gabinete presidido por el señor Arrazola: este gabinete creyó que debia disolver las Córtes: la corona fue de otro parecer, y nombró un nuevo ministerio presidido por el señor Mon, el cual segun periódicos bien informados, propondrá desde luego la abolicion de la reforma constitucional y el restablecimiento, puro y neto, de la constitucion de 1845.

Consignados estos hechos, pasemos adelante.

Las noticias de Santo Domingo son esta vez mas satisfactorias que nunca, á lo menos en cuanto á las operaciones de la guerra. Establecido un riguroso bloqueo de las costas, los insurrectos se hallan segun parece, reducidos al último extremo por falta de víveres y municiones, y hay tanta confianza en acabar en breve con la insurreccion, que no falta quien dice que se ha suspendido el envio de nuevas tropas de Cuba. Quiera Dios que estas noticias se confirmen, porque la estacion en que vamos á entrar no es á propósito para operaciones militares en Santo Domingo, y si hasta ahora hemos tenido nueve mil enfermos en los hospitales, podría duplicarse el número en los meses de abril y mayo.

En la cuestion de Dinamarca, el gobierno inglés anda buscando medios de hacer creer que interviene, y de no intervenir realmente. Propuso una conferencia en Londres con suspension de hostilidades, y las potencias alemanas se negaron á aceptar. Despues la ha propuesto sin la suspension, y se ha aceptado por Alemania, pero no por Dinamarca; además, todo el mundo comprende, y así lo confiesan los mismos diarios ministeriales de Londres, que una conferencia celebrada mientras los dos ejércitos beligerantes procuran á cada momento cambiar los datos y el estado de la cuestion, no puede menos de ser una conversacion de las que en Cádiz llaman de *puerta de tierra*.

Volviendo ahora los ojos á escenas mas gratas y pacíficas, diremos que el 18 del pasado se celebró en Pisa el aniversario trescientos del nacimiento de Galileo. Las circunstancias han dado á este suceso una solemnidad desacostumbrada: desde por la mañana, las casas todas se veian adornadas de banderas con los colores italianos;

cerráronse las tiendas, y los habitantes con sus mejores trages salieron á la calle; la guardia nacional ocupaba la carrera que debia llevar la gran procesion desde el ayuntamiento á la universidad y á la casa de Galileo. El ministro de Instruccion pública y el alcalde constitucional, ó sea el gonfalonero de la ciudad, presidieron el acto; y asistieron á la procesion todos los que en Pisa tenian algun carácter oficial, los estudiantes de la universidad, las comisiones de todas las academias científicas de Italia y de muchas del resto de Europa. En la universidad y en la casa de Galileo, así como en las plazas donde la procesion se detuvo para oír los diferentes discursos que se pronunciaron, se veia por todas partes la inscripcion *E pur si muove*, que no deja de ser significativa en las actuales circunstancias. La Italia, en efecto, parece hoy tranquila y hasta inmóvil; *E pur si muove*; y sin embargo, se mueve, como decia Galileo de la tierra cuando los inquisidores le obligaban á declarar que no se movia. Pronunciados los diversos discursos alusivos á la ceremonia, se descubrió la lápida de mármol puesta en la casa de Galileo, y á las dos se celebró un banquete de quinientos cubiertos, repartiéndose la medalla acuñada y el album compuesto para esta solemnidad; la medalla tiene el busto de Galileo por el anverso, y en el reverso la palabra Pisa; el album se compone de varias cartas inéditas, escritas ó recibidas por Galileo, que no dejan de tener interés bibliográfico.

El recién nombrado emperador de Méjico no parece que se da mucha prisa á tomar posesion de su trono imperial: actualmente anda visitando varios príncipes de su familia y recibiendo comisiones mejicanas. Es indudible el número de proyectistas que acuden á Maximiliano y á Napoleon, todos con grandes planes para hacer la felicidad de Méjico; unos quieren fundar grandes bancos, otros construir caminos de hierro, estos explotar la gran riqueza minera, aquellos poner en cultivo los terrenos mas feraces, los otros colonizar los desiertos, secar los pantanos, sacrificar las comarcas del Sur. Y no son solamente los franceses los que se desviven á ofrecer capitales y proyectos al nuevo imperio, sino que los ingleses piensan hacerles competencia, y ya han mandado comisionados al país á explorar el terreno.

En París se ha visto en la última semana la causa de los cuatro italianos, acusados de conato de conspiracion contra la vida del emperador. Todo el gran trabajo de los jueces instructores de esta causa se ha dirigido á complicar en ella á Mazzini; basta leer la parte que se

ha publicado de los debates judiciales, para comprender que no ha habido tal complicidad, así es que no han llamado en gran manera la atención ni en Francia ni fuera de ella, como si el público hubiera estado en todas partes satisfecho de que la vida de Napoleón no había corrido ningún peligro.

Dos estrenos han llamado la atención en los teatros del Circo y de la Zarzuela en la semana anterior. A beneficio de la Hija se representó el otro día la comedia en tres actos, titulada *El enemigo en casa*, en la cual la beneficiada se hizo aplaudir constantemente, dejando altamente complacido al público.

En el teatro de la calle de Jovellanos se ha puesto en escena una obra de importancia, titulada *Margarita*. La música del maestro señor Moderati, es de un efecto brillante; el público la aplaude todas las noches con justicia, especialmente en todo el segundo acto y una gran parte del tercero. El libreto está bien versificado por el señor Olavarría, y tiene escenas de efecto, aunque no nuevas.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CONSIDERACIONES

SOBRE LA REVOLUCION DE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA.

(ESTUDIOS HISTÓRICO-FILOSÓFICOS.)

IV.

En verdad que es digna de estudiarse por más de un concepto la revolución de las Comunidades de Castilla. Revolución sumamente patriótica en cuanto que se propuso la defensa de nuestras libertades, vilmente atacadas por la mano audaz del extranjero, halló en su nacimiento un auxilio en la altiva aristocracia; revolución santa, en cuanto que en nada se apartó de los altos principios religiosos, tuvo en el clero uno de sus principales fundamentos; revolución completamente nacional, en cuanto que sus tendencias en nada se separaron de nuestras antiguas instituciones, iniciada por el pueblo, fue llevada con heroísmo por ese mismo pueblo á su más alto grado de apogeo. ¿Cómo una revolución tan espontánea, que llegó á apoderarse de todas las inteligencias, que se hizo dueña de todos los corazones, que apoyada en la gran base de la justicia, llegó en tan breve espacio á tan alto grado de esplendor, decayó igualmente en breve espacio de la manera más inesperada, en una batalla como la de Villalar, que más que batalla puede muy bien llamarse simulacro?

La revolución había llegado á su apogeo: solo le faltaba organizarse. ¿Llegó á organizarse la revolución de las Comunidades de Castilla? No.

Toda revolución, buena ó mala, en el sentido lato de la palabra, necesita de un hombre que venga á ser como su intérprete, en quien, á la manera que en el foco real de un espejo se condensan los rayos luminosos, todas las aspiraciones se condensan. Para la transformación del Oriente, nace Alejandro el Grande; para la conversión de la república romana en imperio, Augusto; para la fundación del absolutismo en España se levanta Felipe II; para la fundación del absolutismo en Francia, Luis XIV; para la revolución de Inglaterra se presenta Cromwell; para la revolución de los Estados-Unidos, Washington.

Las aspiraciones de todos los revolucionarios de Castilla se habían condensado en Padilla; el torrente de la revolución le arrastró al lugar más encumbrado; una vez allí, ¿respondió Padilla al llamamiento como verdadero jefe revolucionario? De ninguna manera.

Padilla, de espíritu esforzado en la guerra, de brazo incontrastable en la batalla, es un personaje histórico, cuyo solo nombre excita las simpatías de todas las almas generosas. En este sentido, el ascendiente de Padilla sobre los comuneros, que miraron en él al salvador de la república, era muy justo. Pero no obstante, Padilla, valiente soldado, pundonoroso caballero, entusiasta defensor de las libertades de su patria, ni tenía talento militar bastante para dirigir sus huestes por el camino de la victoria como un verdadero general, ni talento político para colocarse al frente de la revolución, dominarla, y conducirla á su seguro é indubitable triunfo. Padilla fue un ilustre soldado, á quien sobró corazón y faltó cabeza para llevar á cabo la árdua empresa que la revolución le había encomendado. Y, dígame lo que se quiera, una revolución sin una cabeza revolucionaria bien organizada, es una revolución muerta. Por eso la historia de la revolución de las Comunidades de Castilla es la historia de los desaciertos, desaciertos en los cuales, á decir verdad, si gran parte tuvieron los jefes revolucionarios, no la tuvo menor el pueblo, aquel pueblo por quien Padilla derramó su sangre, y que en más de una ocasión tan indignamente correspondió á los sacrificios del heroico caudillo, á quien abandonó en Villalar, para antes de su muerte recompensar su heroísmo con el dictado de traidor.

La instalación de la Santa Junta en Tordesillas, fue el primero de los desaciertos de los comuneros, quienes

debieron escoger para el caso una ciudad ó plaza más fuerte, donde siempre unidos á la reina, hubieran podido evitar el golpe de mano que más tarde sufrieron.

Cuando Padilla, de vuelta de Valladolid á Tordesillas, pasó por Simancas, cometió el segundo desacierto de no apoderarse de aquella fuerte villa, que hubiera podido asegurarle la línea desde Valladolid hasta Zamora, única ciudad de Castilla enemiga de los comuneros, y que fue más tarde un apoyo para los planes de los imperialistas.

También por aquel tiempo la plebe, orgullosa con el triunfo de la revolución, que en tan breve tiempo había á tan alta altura llegado, impulsada por sus instintos feroces, se entregó á los mayores excesos sin freno alguno que la contuviera, y aquel desenfreno no pudo menos de inocular en el cuerpo de la revolución la primera gota del veneno, que había de ocasionar su aciaga muerte.

Bien sea amedrentada ante la vista de estos excesos, bien seducida por los halagos de los imperialistas, que á decir verdad, no se dormían, la nobleza que, ó había permanecido neutral ó había auxiliado á las Comunidades, principió á separarse de la causa común; triste conducta que, si aceleró la muerte de la revolución, aceleró también la muerte de la aristocracia española, la cual, unida al pueblo, habría encontrado en la revolución un gran fuerte, desde donde hubiera podido defenderse de los ataques del absolutismo, cuando separada del pueblo solo pudo hallar su muerte en la muerte de nuestras Comunidades.

La Santa Junta, en quien la revolución había concentrado la autoridad suprema, en lugar de corregir abusos y reparar agravios, en vez de entrar, vencidas las principales dificultades, en un período reformador, organizador y constituyente, que hubiera armonizado el movimiento y dado larga vida á la revolución, acudió á la súplica, gastó un tiempo precioso en formular una que pudiéramos llamar Constitución, Constitución notable por la mayor parte de sus disposiciones, pero Constitución intempestiva que, dirigida en son de súplica al emperador (20 de octubre 1520), con una larga carta en que se pedía el remedio á tantos males y se esponía la justicia del levantamiento, no vino sino á precipitar más y más el término de la revolución. La debilidad, la irresolución, el fanático respeto de aquellos hombres hacía un rey tan orgulloso, no les hizo comprender que aquel, á quien no habían conmovido los desgarradores gritos de los pueblos, mal se podía afectar con las letras de una carta, desde tan lejanas tierras enviada. Efectivamente, el emperador recibió muy mal las súplicas de los de la Junta, puso preso á uno de los tres portadores del memorial, enviados á Flandes, y los otros dos hallaron en la fuga la salvación de sus vidas.

Antes de que llegaran estos mensajeros, el emperador, escitado por la carta que Adriano y el Consejo le habían enviado (12 de setiembre de 1520) y en la cual le esponían el estado de España, reunió su Consejo, en el cual, después de varios pareceres, no pudo menos de reconocerse la justicia de la revolución. Y para apaciguarla se resolvió escribir cartas á todas las ciudades de Castilla para que volvieran al servicio del emperador, se dispuso que el pedido hecho en las Cortes de la Coruña no se cobrara de las ciudades obedientes ni de las que se rindiesen, se prometió la pronta vuelta de don Carlos y que los oficios se proveerían en españoles y no en extranjeros, y por último se asociaron al extranjero Adriano dos gobernadores castellanos, poderosos y nobles, pues el principal objeto del monarca era atraerse á la nobleza. El condestable don Íñigo de Velasco y el almirante don Fadrique Enriquez, fueron los agraciados con el nombramiento, que vino á robustecer más y más el bando imperialista y ser un nuevo obstáculo para el triunfo de la revolución de las Comunidades.

Era el condestable Velasco, hombre de carácter duro é irascible, enemigo á muerte de los comuneros, que en un principio había logrado adular el levantamiento de Búrgos, de donde, perseguido por el pueblo alborotado, había tenido que fugarse á la villa de Bribiesca. Allí supo el nombramiento, y por medio de intrigas, sobornos y dádivas consiguió que la mayoría de los de Búrgos le abriera las puertas de la ciudad, en la que hizo su entrada con gran sorpresa de los comuneros.

Dueño de Búrgos el condestable, publicó el nombramiento de los nuevos gobernadores á las ciudades, escribió á los grandes y caballeros para que se uniesen bajo la enseña imperialista, y principió á reunir gente de guerra para que la fuerza favoreciera su derecho. La nobleza, desgraciadamente para ella y para el pueblo, fue inclinándose decididamente desde aquel instante al partido de los imperiales.

El regente Adriano, huido cuando el levantamiento de Valladolid á Medina de Rioseco, fue reuniendo en torno suyo al marqués de Astorga, al conde de Benavente, al de Lemos, al de Valencia y á otros grandes de Castilla, todos con gente de armas, dispuestos á concluir á todo trance con la revolución de las Comunidades.

Entre tanto el duque del Infantado daba garrote al capitán de las comunidades de Guadalajara y ahogaba allí el levantamiento; el señor de Torrejon de Velasco molestaba á los de Valladolid; el conde de Chinchón peleaba contra los de Segovia; el duque de Nájera enviaba al condestable tropas de Navarra; el conde de Luna re-

clutaba gente miserable en las montañas de León, y el joven conde de Haro, primogénito del condestable, nombrado capitán general de los imperialistas, salía de Búrgos en dirección á Rioseco, y en el camino se le juntaban los condes de Oñate y de Osorio, y el marqués de Falces con su gente respectiva.

La sorpresa y el desconcierto de los comuneros ante este movimiento es indescriptible. Ellos, que hasta entonces habían visto tan próspera la causa de la revolución la veían ahora desfallecer por momentos, cual si la maldición de Dios hubiera caído sobre ella; muchos de los nobles, antes aliados, les hacía traición; Búrgos se apartaba del movimiento; la discordia se había apoderado de los de Valladolid, y mientras el más triste marasmo se apoderaba de los ánimos de los comuneros, los imperiales se organizaban, se fortificaban y se aprestaban á la lucha.

En medio de este movimiento belicoso, digna de respeto y estima es la conducta de un hombre que, de carácter bondadoso, de corazón magnánimo, de nobles sentimientos, penetrado de la razón de la revolución, aunque militante en las filas imperialistas, no descansó ni un solo instante por conciliar las desavenencias de los dos bandos y hacer por medio de la paz lo que por medio de la guerra no pudo conseguirse. El almirante Enriquez, que ya en las Cortes de San Pablo de Valladolid había mostrado su repugnancia en la votación del monarca; que más tarde, doliéndose de los males del reino se había retirado lejos de los negocios; querido del pueblo, vivía sosegado en sus estados de Cataluña, cuando recibió la noticia del nombramiento de co-regente, que aceptó más que por ambición por ver si conseguía la paz tan anhelada. Apenas llegó á Castilla, trató de la avenencia; pero en vano, porque ni la lógica de sus cartas, ni la fuerza de sus palabras pudieron nada en el ánimo de los comuneros, á quienes la conducta agría, orgullosa é inconsiderada del condestable Velasco y de los otros nobles había justamente sobreescitado; y Enriquez con el corazón entristecido, tal vez presagando el triste desenlace de la revolución, marchó desde allí á Rioseco á incorporarse con los imperiales.

En esto llegó á noticia de los de la Junta el recibimiento que el emperador había hecho á sus emisarios, y mirando aquello como una afrenta, como igualmente la muerte dada en Búrgos en la persona de otro emisario comunero, entre el condestable y el marqués de Alba de Liste, se encendieron más en ira los ánimos, desapareció la templanza, la revolución se hizo más atrevida, y los comuneros, conociendo el desacierto de su inacción en Tordesillas, se aprestaron ya formalmente á la guerra siguiendo el ejemplo de los imperialistas.

Pero otro nuevo desacierto vino á empeorar la causa revolucionaria. La envidia de las glorias de Padilla dividió entre sí á los de las Comunidades, y esa misma envidia que alentó los ánimos de los descontentos, entre cuyas principales cabezas se contaba el vil y traidor toledano don Pedro Laso de la Vega, sino que los comuneros quitaran al ilustre Padilla la dirección de las armas, y deslumbrados por las apariencias, nombraron capitán general de las tropas comuneras al infame don Pedro Giron, primogénito del conde de Oñate, enemigo del emperador á causa de no haberle concedido el ducado de Medina Sidonia, y que tan solo por rencillas personales había entrado en la revolución de las Comunidades Castellanas.

Entonces Padilla, quizá con poca abnegación, tal vez con menos política; pero justamente resentido ante la conducta de aquel pueblo, en defensa de cuyas libertades había él tan noblemente desenvainado su acero, conociendo que cualquiera disensión en el campo comunero había de ser altamente pernicioso á la causa de la revolución, abandonó inmediatamente á Tordesillas, y con el corazón oprimido, se retiró á Toledo, y tras él la gente toledana, con tristeza de la mayor parte de los de la Junta, que no pudieron menos de sentir la conducta seguida con Padilla, y alegría de los de Rioseco, que desde aquel instante se animaron más y más al ver la división en el campo de los enemigos.

Pero quiso el cielo que la llegada del ardiente obispo de Zamora, Acuña, al frente de unos 1,600 hombres, entre los cuales se contaban más de 400 clérigos, repusiera un tanto la falta de Padilla y animara los corazones de los soldados de Tordesillas.

Nuevamente el buen condestable Enriquez se esforzó por atraer á la paz al altivo Giron, de quien era pariente; pero Giron, que solo ansiaba vengarse del emperador, lo despreció todo, y dejando en Tordesillas para custodia de la Junta y de la reina el escudron de clérigos de Acuña, y pocos más infantes y ginetes, haciendo alarde de sus tropas (unos 17,000 hombres) tres veces mayores en número que las de los imperiales, se puso en marcha en dirección á Rioseco (23 noviembre 1520); presentó batalla (30 noviembre), que los imperiales no quisieron aceptar por considerarse inferiores en fuerzas y no haber llegado aun á su campo el conde de Haro, que llegó después; y Giron, en vista de la conducta de los de Rioseco juzgó lo más oportuno retirarse, si bien es verdad era lo más inoportuno, en cuanto que lo que debía de haber hecho en aquellas circunstancias era acometer á los de la villa, apoderarse de los principales, y quitar de este modo á los imperialistas uno de sus puntos más notables; pero el traidor Giron, intencionalmente

quizá, no hizo sino continuar la historia de los desastrosos comenzada.

Seguiose á esta retirada una entrevista entre el almirante, el conde de Benavente, el obispo Acuña y Giron, y la condesa Modica, mujer del almirante, á solicitud de la cual se habia reunido aquella junta, junta fatal, que sin que Acuña notase nada, dió de sí, como era de esperar, la traicion de Giron, quien levantó el campo hácia Villalpando, para que los de Rioseco pudiesen mas libremente caer sobre Tordesillas, desbaratar la Junta comunera y apoderarse de la reina, con lo cual la revolucion seria herida de muerte.

Efectivamente: el conde de Haro se dirigió hácia Tordesillas; los comuneros, asi que advirtieron la proximidad del enemigo, pidieron socorro á Valladolid; Valladolid no pudo mandar tropas por escasez de juventud, y tener tan cerca á los realistas; la situacion de los comuneros fue cada vez mas crítica; las tropas realistas cayeron sobre la infeliz villa, como una manada de lobos ansiosos de devorar la presa; se dió principio al asalto; todo fue confusion, todo desorden; las tinieblas de la noche vinieron á acrecentar lo horrible del cuadro; la tea del incendio iluminó la escena; la sangre se deslizo á torrentes; en tan horribles momentos cada comunero fue un héroe; los clérigos de Acuña hicieron una defensa indescriptible; Haro fue dos veces rechazado, pero las fuerzas no eran iguales, y á la tercera, aunque con gran pérdida de gente, especialmente de la nobleza, logró plantar la bandera imperial sobre los muros de Tordesillas. Nueve de los de la Junta cayeron en poder de los imperialistas; los demás buscaron en la fuga la salvacion de sus vidas; Enriquez, Adriano, el conde de Castro y los demás jefes imperiales, se fueron inmediatamente trasladando á la villa á juntarse con la reina, y sumamente gozosos se aprestaron á la guerra, cuya suerte desde aquel instante conceptuaron favorable á sus intentos.

La toma de Tordesillas puso en conmocion todos los ánimos.

Las cartas de Giron á Valladolid, escusándose por no haber socorrido á los sitiados, vinieron á confirmar mas y mas las sospechas de la traicion, que al cabo vino á manifestarse á las claras, pasándose Giron, igualmente que el infiel don Pedro Laso, al bando de los imperiales.

De resultas de la derrota se diseminó un tanto el ejército de los comuneros; se acrecentaron los desmanes, y la revolucion tomó un carácter mas cruento.

En este estado de cosas apareció Padilla en Valladolid, donde se habia instalado la Junta; el pueblo, que vió en él el ángel de la salvacion de la república, le recibió con gran entusiasmo; y el ilustre caudillo volvió nuevamente á encargarse de la direccion de las tropas y á dar á la revolucion la animacion que le faltaba.

Los imperiales á su vez se aprestaron á una batalla decisiva, para lo cual pidieron fuerzas á las ciudades fieles á su causa.

Padilla, por su parte, deseoso de distinguirse, se aprestó igualmente á la lucha; concentró sus fuerzas en Valladolid; salió desde allí con su gente hácia Simancas; bastante feliz en Zaratán, partió á Torrelobaton (21 febrero 1521), y con los auxilios que le enviaron de Valladolid, logró aunque con grandes dificultades, apoderarse de la villa.

La toma de Torrelobaton enorgulleció á los comuneros y causó honda sensacion en los realistas, que con escasas fuerzas se hallaban á tres leguas en Tordesillas.

Entusiasmado Padilla con las alabanzas de la victoria, permaneció en Torrelobaton, con gran daño de la comunidad, porque, dormido sobre sus laureles, perdió muchos soldados y dió lugar á que se rehiciesen los imperialistas.

La inaccion de Padilla traia inquietos los ánimos de tal suerte, que el pueblo de Valladolid no pudo menos de levantarse irritado contra los de la Junta (8 de abril), por la dilacion de la guerra y la carestia de las subsistencias.

La voz del pueblo hizo despertar entonces á Padilla de su soporífero marasmo, y conociendo el desacierto de su inaccion, se aprestó á la batalla decisiva.

La llegada del condestable á Peñafior, junto á Torrelobaton, camino de Tordesillas, donde se hallaban los reales del conde de Haro, llenó de contento á los imperiales y obligó á levantar el campo al caudillo comunero, quien al verse cercado, conoció, aunque tarde, los males de su permanencia en Torrelobaton.

El plan de Padilla era dirigirse á Toro, apoderarse de la ciudad, fortificarse en ella y esperar allí el socorro de las demás ciudades. Si Padilla hubiera puesto antes en práctica su plan, pues tuvo tiempo para ello, ó hubiera salido victorioso ó la suerte fuera dudosa, como observa el mismo Sandoval; pero ya era tarde.

Los de Peñafior comprendieron la situacion crítica del jefe toledano; revisaron las tropas (22 abril) que ascendian á mas de 6,000 infantes y 2,400 caballos, toda gente bien armada y experimentada; reconocieron el campo y determinaron cercar á Padilla para que no pudiese salir de Torrelobaton sin batalla.

Antes del amanecer del dia 23 de abril de 1521, *martes aciago*, como dice Sandoval, salió Padilla con su gente muy en silencio para Toro con mucha mas gente que los imperiales, pero no tan bien organizada,

Avisado Haro del camino que llevaba Padilla, salió al encuentro; las tropas comuneras se vieron con espanto por todas partes cercadas; de Medina de Rioseco acometida la retaguardia; la vanguardia por el lado de Tordesillas; por Simancas los costados. La oscuridad del dia, que se habia presentado encapotado, como si con su enlutado traje presintiera la fatal catástrofe; la lluvia que con gran fuerza daba de frente á los ilustres comuneros y descendia en menudas gotas del cielo cual si el cielo pretendiera anunciar con su llanto la desgracia; el suelo que resbaladizo y enlodado impedía el paso de las tropas, cual si hasta la misma tierra tratara de oponerse al triunfo de aquella revolucion santa, todo impresionó de tal manera los ánimos de aquellos soldados, que llenos de espanto, ni oyeron las voces de Padilla ni los gritos de sus capitanes, y en medio del mayor desorden ante la presencia del enemigo, solo pensaron en la fuga para salvar sus vidas de esta suerte.

Padilla, seguido de Juan Bravo, capitán de Segovia y de Francisco Maldonado, de Salamanca, quedó solo en el campo, y resuelto á vender cara su vida, se lanzó con la velocidad del rayo por medio de los escuadrones enemigos; llevó el espanto por do quiera; algunos creyeron ver en él el ángel del esterminio, hasta que rendido, fatigado, inerte, cayó prisionero con los valientes Bravo y Maldonado.

La noche misma de la triste rota, condujeron á los prisioneros al castillo de Villalba, que estaba allí cerca, y al dia siguiente, en el inmediato pueblecillo de Villalar, fueron como reos de lesa-majestad degollados, por mandado de Haro: Padilla, Bravo y Maldonado; cuando la verdad es que como reo de lesa-nacionalidad, Haro debiera de haber sido degollado.

La mano del absolutismo, no satisfecha aun con haber arrebatado á España la vida del mas valiente de sus hijos, derribó en Toledo la casa de Padilla, sembró de sal aquellos sagrados lugares y levantó una lápida, cuya inscripcion, escrita para hacer mas pública la afrenta, fue un nuevo monumento, que miró siempre el pueblo con respeto al leer grabado en él el nombre del mas ardiente de sus defensores, del mas ilustre de sus patriotas, de aquel, en fin, que si no habia sabido dirigir la revolucion como político, habia sabido al menos *pelear como caballero y morir como cristiano*.

ABDON DE PAZ.

INCENDIO DE CHILE.

Hoy insertamos á continuacion la carta que recibimos de Santiago de Chile, acompañando los grabados que hemos prometido á nuestros lectores; dice asi:

Santiago de Chile 30 de diciembre de 1863.

Remito á usted algunos datos sobre el horroroso incendio, acaecido el 8 del corriente, en la iglesia de la Compañía de esta ciudad, por si usted quiere darlos á luz en su periódico, junto con el dibujo que le incluyo de la vista exterior del templo, antes del incendio.

La iglesia de la Compañía fue edificada por primera vez el año 1634, demorando treinta y seis años en levantarla. Se edificó, merced á la dádiva que hicieron de sus bienes los capitanes Agustín Brisenó y Andrés de Torquemada, en octubre de 1595. A los diez y seis años despues, el 13 de mayo de 1647, dice el obispo V. Marroel, dando cuenta al rey sobre el terremoto que se sintió en Santiago que: «El templo de la Compañía quedó asolado todo. Murió el padre José de Córdoba, muy humilde y muy gran obrero. La iglesia de estos padres costaria 100,000 ducados.»

Volviéron los padres á reedificar la iglesia sobre la misma planta, empleando bastantes años en esta operacion. Se arruinó de nuevo con los repetidos temblores del año de 1730, aunque no se vino al suelo, pero quedó sí muy desplomada. Se reparó este defecto por medio de murallas trasversales en las naves laterales, lo que afeó mucho la vista interior del templo, parece que se concluyó esta operacion por el año de 1760 y tantos, segun aparece bastante borrado en el frontispicio.

La espulsion de los jesuitas el año 1767, obligó á las autoridades á cerrar el templo, y debió permanecer asi hasta principio del corriente siglo, en que el benemerable señor Vicuña le habilitó para el culto. En la noche del 31 de mayo de 1841, se incendió la iglesia, segun dicen, por una lechuga remojada en aguarras, que los colegiales del edificio inmediato soltaron, preadiéndole antes fuego, lo cual se refugió en el techo de la iglesia.

El sabio escritor y poeta don Andrés Bello, escribió entonces un canto elegiaco al incendio de la Compañía que empezaba:

Santa casa de oracion,
Templo de la Compañía
Que á plegaria y á sermon,
Llamas de noche y de dia
La devota poblacion:
¿Qué esplendor, qué luz es esta
Que sobre tí se derrama?
No es luz de nocturna fiesta;

Es devastadora llama,
Es una pira funesta

Y concluia así,
La voz del himno ha cesado:
Duelo cubre y confusion
Al sagrario desolado;
Y la hija de Sion
Es un cadáver tiznado.

Sobre el incendio último, nada pintará mejor sus estragos que la descripcion que de él hace el *Ferro-carril* del 10 de este mes.

Como se verá por la anterior narracion, se creyó en un principio que no pasarían de seiscientos las víctimas que habrian perecido. Pero sucedió al contrario de lo que acontece en toda gran desgracia, que es aumentarla en los primeros momentos. Al dia siguiente ya se decia que llegarían á mil y despues se tuvo la triste certidumbre de saber que pasaron de dos mil las desgraciadas víctimas del 8 de diciembre de 1863, en el incendio de la Compañía.

Como es natural despertó el espíritu público con un acontecimiento como éste, y despues de dar sepultura á los restos de los cadáveres, empezaron las honras fúnebres en todas las iglesias. El 16 fue en la catedral la funcion consagrada á este santo objeto: asistió el presidente de la república con sus ministros, la municipalidad, las corporaciones civiles y eclesiásticas, y una escogida y numerosa concurrencia. El señor arzobispo ofició la misa, y el elocuente orador don Mariano Casanova, pronunció un sentido discurso sobre el objeto de la santa ceremonia que se celebraba.

Despues se ha pensado en la organizacion de compañías de bomberos y el Gobierno ha decretado 18,000 pesos para la compra de útiles.

La municipalidad pidió al Gobierno la demolicion de las ruinas de la Compañía, y éste accedió con fecha 14 á esta peticion, no sin que hubiese sus influjos para que no se decretase. Ahora se levantan suscripciones para socorrer á los huérfanos por causa del incendio: para demoler la iglesia y levantar en el sitio que ocupaba un mausoleo que encierre las cenizas de todas las víctimas cuyos parientes no las hubiesen reconocido.

La poblacion entera está aun de duelo. No hubo Noche-Buena, ni la animacion que por este tiempo se siente entre la gente del pueblo principalmente, por ser de ésta, en la clase de sirvientes domésticas las que mas han perecido.

Mucho mas pudiera comunicar á usted sobre este asunto, pero el temor de que lo encuentren ya demasiado estenso me obliga á suspender aquí mi comunicacion.

De usted su seguro servidor.

E. LL.

LAS HABAS VENENOSAS DEL CALABAR.

Hace unos quince ó veinte años que los señores Vaddell, Young, Baillie y Taylor, misioneros presbiterianos de Escocia, en la costa occidental de Africa, describieron en el diario de sus misiones, hechos muy curiosos y notables relativos á una planta cultivada en las costas de la Guinea superior, en el territorio llamado Calabar, por donde corre el rio de este mismo nombre, y remitieron á Edimburgo algunas muestras del fruto de esa planta. No se habria fijado la atencion en tales hechos, ni es probable que se hubiese acordado ya nadie mas de semejante vegetal, si muy recientemente no se hubiesen descubierto en él propiedades medicinales muy singulares, que luego describiremos.

Los caracteres de la planta señalados por Balfour, profesor de botánica de la Universidad de Edimburgo, son los siguientes: Es vivaz, enredadera, crece en los terrenos pantanosos y flota en las aguas de los rios: tiene cuarenta ó cincuenta pies de alto y su tallo rara vez pasa de dos pulgadas de diámetro en la parte mas gruesa: sus hojas son trifidas, sus flores papilionáceas y su fruto leguminoso. El tallo despide un zumo claro y acre. Las flores, parecidas á las de nuestras judías, son de color rojo purpúreo. El fruto tiene unos quince centímetros de longitud: en su estuche ó vaina contiene dos ó tres habas, y en estas habas se encierran las virtudes todas de la planta hasta ahora conocidas. La figura de estas habas es la de un riñon, su color rojizo oscuro; tienen una corteza áspera y dura, y en toda su margen convexa hay un surco profundo con los bordes levantados, de color moreno claro. El tamaño es de una pulgada de largo y tres cuartas partes de pulgada de ancho. La corteza del haba está firmemente adherida á la pepita, que es blanca. Pesan estas habas de treinta y seis á cincuenta granos: no tienen olor alguno, y saben al paladar como el haba ordinaria, de suerte que no es posible por solo el gusto distinguir las de estas; cuyos caracteres, como se comprende fácilmente, las hacen en extremo peligrosas.

Sembrando en Edimburgo de estas habas han nacido

y se han desarrollado tallos iguales á las del Calabar, pero nunca han llegado á florecer. El profesor Balfour ha denominado á esta planta *physostigma venenosum* y la ha clasificado en el órden natural de las *leguminosas*, subórden de las *papilionáceas*, tribu de las *jasowas*.

Desde tiempo inmemorial es conocida de los naturales del Calabar, la propiedad enérgicamente venenosa del fruto de esta planta llamada por ellos *eseré*; y el uso que de este conocimiento hacen, segun refieren los misioneros, da idea del grado de cultura de aquel pueblo. Empleánle como prueba en los casos de acusacion de

brujería, hechizo ó maleficio. El acusado es conducido á un sitio público, residencia de la autoridad, y allí es obligado ante todo el pueblo á comer de veinte á treinta habas ó beber una infusion de ellas. Si el infeliz no tiene la suerte de que le sobrevengan vómitos, comienza á flaquear de las piernas, su mirada se estravía, pierde la



IGLESIA DE LA COMPAÑÍA EN SANTIAGO DE CHILE, ANTES DEL INCENDIO.—DIBUJO REMITIDO POR EL SEÑOR LLANOS.

cabeza como si estuviera embriagado, cae y muere á la media hora á veces, á mas tardar una hora despues de apurar el veneno. En este caso se le considera justamente castigado. Pero si á favor del vómito logra salvarse, es considerado inocente. Semejante salvacion supone á los ojos de aquellos jueces que el acusado no tiene culpa y que el acusador ha mentado; y entonces el acu-

sador sufre la misma pena. Esta bárbara costumbre se halla tan estendida en el Calabar, que segun el relato de los misioneros, sucumben anualmente por ella ciento veinte personas entre cien mil habitantes. La planta es cultivada en terrenos cerrados y muy custodiados por los jefes; y este es el motivo de la dificultad que hay para adquirirla.

La parte venenosa es la sustancia de la pepita ó corazón del haba, y basta muy poca cantidad para producir en la salud trastornos graves. Los primeros europeos que por ignorancia ó de intento la han probado, han sentido los síntomas de un verdadero envenamiento. En Glasgow dos muchachas comieron por curiosidad cosa de cinco granos de la pepita de una de esas habas. El

profesor Maclaren tuvo ocasion de ver á una de las muchachas y describió los fenómenos observados en ella. Pocos minutos despues de haber tomado un pedazo de la pepita del tamaño de un guisante, se sintió mal; y al salir á la calle para un recado, le acometieron vértigos, aturdimiento, y se quedó como en un estado de estupidez, con sensacion de debilidad general en todo el cuerpo, que le dificultaba la progresion. No pudo vomitar hasta haber tomado agua caliente, despues de lo cual durmió bastante bien; pero durante dos dias estuvo todavia débil y trastornada.

El profesor Christison se tomó con objeto de experimentarla, unos seis granos del haba, y á la mañana siguiente doce mas. La primera dosis no produjo efecto aparente; la segunda fue seguida de alarmantes síntomas. Le acometió una debilidad general espantosa; no podia levantarse, sino á costa de enérgicos esfuerzos de la voluntad, porque los miembros no le obedecian; la cabeza estaba atolondrada y desvanecida como en una fuerte embriaguez, pero la inteligencia estaba clara; los latidos del corazon eran débiles é irregulares y al menor movimiento se hacian tumultuosos. Una fuerte taza de café calmó estos trastornos, produciendo un cambio rápido é indefinible.

A pesar de estos hechos, probablemente habria quedado olvidada para la medicina el haba del Calabar, si no se hubiese descubierto en ella la propiedad singular de contraer la pupila, bastando para ello aplicar en el ojo, cuya pupila se desea ver contraida, un papel empapado en una disolucion del extracto alcohólico del haba.

Para juzgar mejor de las particularidades de esta singular propiedad, se ha experimentado en animales, y principalmente en el gato, que por tener el iris muy desarrollado y de color vivo, ofrece mayor facilidad de observar la contraccion y dilatacion de la pupila. Aplicóse en la superficie del ojo derecho de un gato una porcion del extracto del haba del tamaño de la cabeza de un alfiler, y á los cinco minutos ya la pupila se habia contraido algo. Con objeto de comparar la prontitud y la duracion de los efectos de esa sustancia y de la *atropina* (principio esencial que se extrae de la belladona) la cual tiene la virtud de dilatar la pupila, aplicáronse en el ojo izquierdo dos gotas de una fuerte disolucion de la misma, y á los cinco minutos la pupila no ofrecia señales de alteracion en su diámetro. A los veinte minutos la pupila derecha estaba muy contraida, la izquierda habia empezado á dilatarse. A los cuarenta minutos la pupila derecha estaba reducida á un punto, la izquierda todavia no se habia dilatado plenamente. A la hora y media la pupila derecha apenas era visible, solamente se dilataba un poco desviando el ojo de la luz: la pupila derecha estaba tan dilatada que el iris casi habia desaparecido. Veinte y cuatro horas despues continuaban las



ESPEDICION CIENTÍFICA AL PACÍFICO.—JÓVEN DE LA ISLA DE TABOGA.

ANTAÑO Y OGAÑO.



Dos mozos de provecho hablando de cuestiones de derecho.



Sabios que el mejor dia llegarán á saber filosofia.

pupilas en ese mismo estado. A las setenta horas la pupila derecha estaba ya en su tercera parte dilatada y muy sensible á la luz; al paso que la pupila izquierda apenas comenzaba á contraerse y no era sensible á la luz. A las noventa y seis horas la pupila derecha habia recobrado sus condiciones normales; la izquierda todavía estaba algo dilatada.

Resultan probadas con este experimento tres cosas: primera que la accion del haba del Calabar se manifiesta mas pronto que la de la atropina; segunda, que sus efectos son menos permanentes; tercera, que su accion puede durar hasta cuatro dias. Cinco dias la vió durar el doctor Fraser.

Se ha querido averiguar si el haba del Calabar y la atropina son antagonistas hasta el punto de disipar la una los efectos de la otra, y así ha resultado de los experimentos. Aplicóse al ojo derecho de un perro la atropina, y al izquierdo el haba del Calabar, y cuando los efectos opuestos de ambas sustancias se hubieron producido, se aplicó á la pupila dilatada el haba del Calabar, y á la contraída la atropina. A los quince minutos el diámetro de ambas pupilas se habia igualado, y á la hora habian pasado al estado opuesto: la que primero estuvo contraída se habia dilatado tanto, que el iris parecia un anillo delgado, y la que estuvo dilatada se habia reducido á un punto pequeño.

En el hombre se ha observado tambien ya casualmente, ya por medio de experimentos, segun queda dicho, la accion del haba del Calabar, y de los fenómenos observados se ha deducido que además de la contraccion de la pupila produce un entorpecimiento de los movimientos del corazon y una parálisis de los miembros, sobre todo de los inferiores, que es solo aparente y consiste mas bien en falta de determinacion voluntaria.

Uno de los observadores refiere haber notado un fenómeno extraordinario aplicando al ojo el papel preparado con el extracto ó el extracto mismo del haba, y es una alteracion en la vision de los colores. El verde y el rojo le parecieron mucho menos vivos con el ojo izquierdo que con el derecho, siendo así que cesando la accion de la sustancia venenosa los veia igual con un ojo que con otro.

Por estas indicaciones se puede formar idea de la utilidad del estudio y aplicacion del haba del Calabar en medicina. Es de desear por lo tanto que se procure aclimatar el *physostigma venenosum* en algun punto de la costa meridional de nuestra península, que parezca poseer el clima mas análogo al del territorio donde originariamente crece esa planta africana.

IGNACIO OLIVER DE BRICHFEUS.

EL ARZOBISPO DON RODRIGO.

Don Rodrigo Jimenez es una de las glorias españolas, uno de nuestros mas antiguos é ilustrados cronistas; nacido en el reino de Navarra, fue arzobispo de Toledo, y sus cenizas reposan en Huerta. Los biógrafos le llaman *Rodericus Simonis*, hijo de Simon, *Rodericus Semenus* ó *Simenius*. Su padre pertenecia á la noble familia de Rada, y su madre á la de Tison. Frecuentó durante su juventud las escuelas de París; pero si á su regreso fue, segun se dice, novicio en el convento de franciscanos de Toledo, debe estrañarse que no le haya reclamado nunca esta órden, tan celosa por sus varones ilustres. Tomó gran parte en los asuntos públicos, é hizo la paz entre los reyes de Castilla, poco antes de tomar posesion en 1208 de la sede metropolitana de Toledo. Uno ó dos años despues fundó la universidad de Palencia, trasladada luego á Salamanca, donde llamó á los profesores mas célebres de Francia y de Italia. Su celo se manifestó principalmente en la predicacion de una cruzada contra los moros. Asistió precedido de su cruz á la batalla de las Navas de Tolosa el 16 de julio de 1212. Este prelado hizo muchos viajes á Roma, y sostuvo en 1215, en el concilio de Letran, la primacia de su sede, disputada por el arzobispo de Tarragona y otros prelados españoles. Don Rodrigo defendió su causa en latin y en las lenguas vulgares italiana, francesa, vascogada, inglesa y alemana. Admiróse un talento tan extraordinario; pero Inocencio III no decidió por entonces la cuestion, y se reservó un exámen ulterior. A su regreso á España con el título de legado, el arzobispo de Toledo se ocupó en la construccion de iglesias, establecimiento de canónigos y otros asuntos eclesiásticos. Los treinta años desde 1215 á 1245, no ofrecen ningun hecho notable para la historia de su vida, siendo esta sin duda la época en que compuso sus obras. Apenas vuelve á mencionarse hasta el concilio de Lyon, convocado por Inocencio IV. Al regresar de esta asamblea naufragó en el Ródano, donde murió en 10 de junio, y segun algunas relaciones en 9 de agosto de 1247, y no de 1245, aunque esta fecha se ha deslizado equivocadamente en muchas biografías. Su cuerpo fue trasladado á Huerta é inhumado en un monasterio cisterciense. La inscripcion que retrata mejor las circunstancias de su vida, se halla concebida en estos términos: *Mater Navarra; nutris Castella; schola Parisius; sede Toletum; Hortus mausoleum; xequies cælum*. Su sepulcro contiene además un largo epitafio. Indicaremos sumariamente sus obras, entre las que hay algunas de cuya autenticidad se ha dudado. Tales son, una historia del rey don Fernando III

el Santo, en castellano; una crónica latina de todos los pontífices y emperadores romanos, y una compilacion sin título, á que don Nicolás Antonio da el nombre de *Provinciale Cathedralium totius valis*. Todavía se halla inédita la intitulada: *Breviarium historiae catholicae*, dividida en nueve partes que comprenden la obra de los seis dias, el Antiguo y Nuevo Testamento, y de la que han existido copias manuscritas en las bibliotecas de Alcalá (Loy de la Universidad central) y del Escorial. (Tra produccion que se cree inédita, aunque citada por Mariana, es la defensa de los derechos de la Iglesia de Toledo: *De primatia ecclesie Toletanae*. La obra mas notable de Rodrigo es su *Historia gothica*, ó *Historia rerum in Hispania gestarum usque ad Ferdinandum Sanctum Castelle regem*, que no lo es ciertamente por su mérito como historia de España, pero que ha conservado bastante fama y alcanzado los honores de la traduccion. Los nueve libros que la componen fueron concluidos en 1243; el autor trabajaba en ellos desde 1236. En la primera edicion el testo es muy incorrecto; se publicó en Granada en 1545, en folio, por el hijo de Antonio de Lebrija. Andrés Scoto ha dado una edicion mucho mejor en el tomo VI de su *Hispania illustrata*. Don Rodrigo escribió algunos otros compendios históricos, como apéndice á su Historia de España, que la acompañan en algunas ediciones. *Anales romanos desde Rómulo hasta el año 708 de Roma*. *Anales de los ostrogodos, de los hunnos, vándalos y árabes*; este último período, que abraza 580 años, desde 570 á 1170, ha sido insertado por Golius en su *Historia de los sarracenos*, de Elmacin; Leyde, 1629, in fól. y en 4.º Se atribuye tambien al prelado de Toledo una relacion escrita en castellano de la victoria obtenida sobre los moros en las Navas de Tolosa. La que puede muy bien ser una traduccion hecha por él mismo de algunos capítulos del libro VIII de su principal obra.

JOSÉ S. BIEDMA.

LOS TIPOS.

I.

Rafael se hallaba tan distraido escribiendo una carta, que no sintió abrir la puerta de su habitacion, ni se apercebíó de que alguno habia entrado en ella hasta que le echaron los brazos al cuello exclamando:

—¡Rafael!

—¡Félix! ¡tú en Madrid!

—En Madrid.

—¿Y qué te trae? ¿Estás bueno? ¿Cómo has dejado...

Despues que Rafael hubo terminado de hacer á su amigo la multitud de atropelladas preguntas que son naturales en semejante caso, entraron en materia.

—Pues has de saber que lo que me trae por aquí es una aventura, dijo Félix.

—¡Hola!

—Y mas bien, continuó el jóven suspirando, una pasion.

—¡Cáscaras! eso es mas serio. Vamos, ve contando.

—Estoy enamorado.

—Eso ya lo he comprendido, contestó Rafael suspirando á su vez.

—¡Qué! ¿lo estás tú tambien acaso?

—¡Pluguiera al cielo!

—¿Por qué dices eso?

—Por qué... porque paso una vida estúpida; pero cuéntame, cuéntame tu aventura que me tienes impaciente.

—Vamos veo que ya ni siquiera merezco tu confianza, así no me estraña que pases tanto tiempo sin escribirme; que me tengas completamente olvidado.

—Lo que es en eso te equivocas por completo, replicó vivamente Rafael, y aquí tienes la prueba añadió entregando á su amigo el papel en que escribia cuando él entró. Toma y lee.

La carta empezada por Rafael y que leyó en voz alta su amigo decia así:

«Mi querido Félix: hace tanto tiempo que no te escribo que yo mismo me admiro de ello, y no porque me parezca prolongada mi indolencia, sino porque no puede dejar de causarme admiracion el que mi existencia sea tan vacía que no haya encontrado cosa alguna que comunicarte, acontecimiento de cualquier clase que referirte, en tan largo trascurso de tiempo. Mi vida es puramente vegetativa, le falta la cualidad que nuestro catedrático de zoología nos decia que era la que diferenciaba al reino animal de los otros dos reinos; y no siento. Se deslizan los dias de mi vida monótonos, iguales y eslabonando la cadena del fastidio. Esto me tiene ultradesesperado, con tanto mayor motivo, cuanto que me creo capaz de sentir, cuanto que conozco que poseo un corazon que late dentro de mi pecho aunque no sea mas que al impulso de los delirios que me forjo y que en defecto de una realidad cualquiera, constituye mi único placer. El punto céntrico de mis delirios ya comprenderás cuál es, una mujer; pero una mujer como no conozco ninguna en el mundo, como no la llegaré á conocer nunca probablemente; una mujer ardiente, toda pasion, toda alma, que ilumina mi vida entera aunque el fuego de la mirada de sus negros ojos sea tan intenso que la abraze; pero que de cualquier modo que sea me

arranque de esta miserable existencia de postracion y de marasmo. Sueño durante tres, seis ú ocho horas diarias con ella, la veo en mi imaginacion tan perfecta, tan completamente como pudiera verla en el mundo real; algunas veces participo de las facciones de esta ó la otra mujer que conozco, pero jamás es ninguna de ellas. Cuando me empeño en que alguna de las que se aproximan á mi hermosa creacion, á mi tipo, se convierta en ella, tengo que desistir casi inmediatamente y devolver mi ídolo á su santuario, avergonzándome de haber querido colocar en los altares purísimos del amor una grosera escultura de barro. Hoy mismo me hallo, sino precisamente en este caso, en otro parecido. Por una de esas necias circunstancias que suelen ser tan frecuentes en el mundo, me he visto obligado á galantear á una jóven, conduciéndome forzosamente las galanterías hasta el punto de haberla tenido que decir que la amaba, so pena de pasar por grosero, de que ella me corresponda y de encontrarnos, usando la frase consagrada, en relaciones. Figurate ahora que Dolores es una niña inocente, casi hasta rayar en lo ridículo, con diez y seis años, tímida, completamente subyugada á mi voluntad, con cabellos rubios y ojos azules, y podrás comprender todo lo distante que se halla de corresponder á mi tipo y de poder ser amado por consiguiente...

En este punto de su carta se hallaba Rafael cuando entró su amigo y aquí terminó por tanto la lectura.

—Pues bien, dijo Félix despues que hubo acabado de leer y tendiendo una mano á su amigo, yo me encontraba en el mismo caso que tú.

—Pero has salido de él, por lo que veo, has sido mas dichoso que yo.

—Mas desgraciado querrás decir. Tú no sabes infeliz cuáles son las angustias que el amor nos acarrea.

—¡Vive Dios! Prefiero experimentar todas esas angustias á dormirme del modo que lo hago en el estúpido sueño de la materia.

—No quiera Dios castigarte, insensato, permitiéndote salir de ese que llamas estúpido sueño. Ya he dicho tambien eso mismo.

—Bien, será lo que tú quieras, pero aunque me mortifique, aunque me mate, deseo experimentar lo otro. Esto no debe ser sin embargo motivo para que dejes de referirme tu aventura.

—¿Mi aventura? No merece ese nombre y no es al mismo tiempo bastante digno para espresar mis sentimientos. El hecho es que yo como tú, habia soñado con una mujer, que lo mismo que tú me la habia representado en mi imaginacion, aunque con una forma inversa. Tú das á entender ahí que apetece una mujer que te fascine, que te domine, que ponga su planta sobre tu cuello; en una palabra, que te arrastre, y yo precisamente deseaba todo lo contrario. Una jóven, una niña delicada, dulce, rubia, inocente, que hubiera de ser iniciada por mí en las tiernas languideces del amor, que no viese mas que mi pensamiento en mis ojos, que riera con mi risa, que llorase con mi llanto, cuya existencia se adhiriese á la mia como la hiedra al árbol robusto...

—Vamos, Dolores, interrumpió Rafael.

—No sé si tu Dolores reunirá todas estas circunstancias que hacen á una mujer digna de ser idolatrada por su Dios; lo que sí sé es que en Elisa he encontrado yo mi tipo ideal, la casta virgen cuya imagen ha acariciado mi imaginacion en tantos ensueños, y que la adoro con todo el delirante frenesí que puede atesorarse dentro del corazon de un hombre.

—¡Ave María! exclamó Rafael no pudiendo menos de sonreír con la exageracion de su amigo.

—¡Oh sí! la amo como...

—Como todo lo mas que quieres, lo comprendo; pero eso no me explica la relacion que puede existir entre ese amor tan inmoderado y tu estancia en Madrid.

—Lo comprenderás en muy pocas palabras. El padre de Elisa ha estado durante ocho meses de magistrado en nuestra audiencia, los ocho meses mas llenos de emociones de mi vida; acaban de ascenderlo y trasladarlo aquí, donde fija naturalmente su residencia con su familia, y detrás de él vengo yo como van los satélites detrás de sus planetas.

—¿Y te establecerás aquí?

—Por lo pronto aquí estoy. No tengo plan ulterior ninguno; dentro de uno ó dos meses me volveré probablemente á casa, arreglaré allí algunas cosas y me vendré en seguida y definitivamente á Madrid. Esto es, que permaneceré desde entonces aquí todo el tiempo que permanezca ella.

—No tengo necesidad de preguntarte si eres correspondido, dijo Rafael lanzando un segundo suspiro.

—¡Oh! no debes envidiarme semejante felicidad, te lo aseguro, y te repito que eres dichoso con no saber cuánto es el número de sinsabores que el amor trae consigo, sobre todo al hombre que como yo comprende que la mujer amada ha de ser pura como el primer gemido del niño en el claustro materno. Así es que yo que tengo celos del aire que pasa cerca de ella y juega entre sus rizos, de la sonrisa que dirige á su padre, de los besos que reparte á sus amigos, puedo asegurarte que paso unos ratos endemoniados cada vez que las exigencias sociales la obligan á permitir que su mano sea estrechada por la mano de otro, cuando tiene que sonreír á los demás hombres que conversan con ella, y so-

bre todo, lo que me desespera, lo que no puedo sufrir, y tengo sin embargo, aunque pocas, que tolerar algunas veces, es que baile con otro hombre que conmigo. Por lo demás, te puedo decir que yo no sé estar mas que á su lado, y aun me atreveré á jactarme de que ella tampoco sabe vivir de otro modo que al mio. ¡Si vieras qué triste se pone cuando me marcho, y qué manera tan irresistible tiene de suplicar que vuelva cuanto antes!

Tercer suspiro de Rafael.

—En fin apoyó Félix; la amo como no se ama mas que una vez en la vida. Es verdad que no podía ser de otro modo; he encontrado en ella mi mitad, el ser que habia nacido para mí, como yo debo haber nacido seguramente para ella. Esto creo que nos sucede á todos, á tí tambien, y acaso te fuera mejor no hallarla, encontraras mas tarde ó mas temprano tu alma gemela; aunque si he de decirte la verdad me estraña bastante que un hombre como tú, de ideas elevadas y de sentimientos delicados lo conciba bajo el tipo que me manifestabas en tu carta.

—¡Cómo! exclamó vivamente Rafael herido en su amor propio, ¿acaso pretendes sostener que no solo eres mas dichoso, sino que tienes tambien mejor gusto que yo?

—¿Y qué duda puede quedar de eso? Un hombre que prefiere las morenas... ¡quita al'á!

—Es decir, un hombre que prefiere la pasion, el goce, el amor completo, en una palabra, á la insulsez, á la parodia.

—A la ternura y al sentimiento tal como debe existir, tal como Dios ha dispuesto que exista en la mujer. Yo no quiero amar á otro hombre; quiero amar á una mujer, señor mio, y las morenas, las mujeres de ese tipo ardiente y fascinador que me pintas, suelen ser en vez de nuestras compañeras nuestros tiranos.

(Se continuará.)

RICARDO MOLINA.

RECUERDOS.

I.

¡Tantas esperanzas muertas
y tantos recuerdos vivos!...
En el corazon humano
jamás se forma el vacío.

Nace una ilusion y muere;
pero su cadáver mismo
queda insepulto en el alma
y siempre en la mente fijo.

¡Ay! por eso yo que os llevo
há tantos años conmigo,
esperanzas lisonjeras
que me halagásteis de niño,

Hoy que bajo el grave peso
de vuestro cadáver gimo,
¡infeliz de mí! Quisiera
que nunca hubiérais nacido.

II.

¿Te acuerdas? Al pie de un árbol,
En el jardin de tu casa,
el dulce y maduro fruto
ibas cogiendo en la falda.

Turbando nuestra alegría
crugió de pronto la rama,
díste un grito y desplomado
caí sin voz á tus plantas.

No ví mas; pero entre sueños
me pareció que escuchaba
desconsolados gemidos,
tiernas y amantes palabras.

Y cuando volví á la vida
en una sola mirada
se besaron nuestros ojos
y se unieron nuestras almas.

III.

¿Te acuerdas? Seis años hace
cuando por la vez primera,
eterno amor nos juramos
y fidelidad eterna.

¡Cuán venturosas corrieron
las horas ¡ay! y cuán prestas!
Un deseo, una esperanza
fue nuestra dulce existencia.

Turbóse un día el encanto
de aquella pasion inmensa
y el viento de la fortuna
llevóme á lejanas tierras.

Colgándote de mi cuello,
en llanto amargo desecha;
—Vuelve, me dijiste, —vuelve;
mira que el alma te llevas.

Volví... ¡Ya estabas casada!
Y un ángel de rubias hebras
en tu regazo dormía
el sueño de la inocencia.

Posé, temblando, mis labios

en su faz blanca y risueña,
y al mirarte, ví que estabas
pálida como una muerta.

IV.

Despues... Aturdido, ciego,
cuando me hirió el desengaño,
en tus queridas memorias
quise vengar mis agravios.

Busqué frenético el rizo
de tus cabellos castaños,
que en la postrer despedida
me díste, Inés, sollozando.

—Muera, dije, —este recuerdo
de aquel corazon ingrato,
y arrastre el viento en cenizas
la inútil prenda que guardo.

Miréla suspenso y mudo,
hasta que, ahogándome el llanto,
en vez de arrojarla al fuego—
la llevé ¡loco! á mis labios.

¡Ay! quiera Dios que no veas,
preso en amorosos lazos,
al hijo de tus entrañas
llorar como estoy llorando.

V.

¿Te acuerdas? Cuando en los dias
de mi secreto infortunio,
dudaba yo de mí mismo,
pobre, olvidado y oscuro;

Enjugando compasiva
mi llanto abundante y mudo,
—No desmayes—me dijiste,
que el porvenir será tuyo.

Yo compartiré contigo
lauros, honores y triunfos,
y á la sombra de tu fama
nuestro amor llenará el mundo.

Hoy rompe á veces mi nombre
la indiferencia del vulgo,
y á veces tambien su aplauso
trémulo y turbado escucho.

Pero como estás muy lejos
y en vano te llamo y busco,
páreceme que resuena
en el hueco de un sepulcro.

J. NUÑEZ DE ARCE.

LA HIJA DEL LOCO.

CUENTO.

(CONCLUSION.)

Otra sonrisa fue su única contestacion y volvió á tenderme la mano, que no solté en algun tiempo.

—Creo que he sorprendido indiscretamente un triste secreto. Ustedes están en muy mala situacion: su vista de usted no la permite trabajar y hasta acaso les haya faltado lo mas necesario. Yo no soy rico; pero poseo un bienestar que me permite aliviar los males ajenos, tantos y tan comunes por desgracia. ¿Quiere usted aceptar este pequeño préstamo?

Y sacando del bolsillo dos monedas de oro, traté de hacerlas pasar á su poder.

—Don Genaro, me contestó, yo no acepto lo que no podria devolver. Además, nuestra posicion no es tan desesperada: soy jóven y puedo trabajar... Si usted supiera lo que es la pobreza, tampoco me propondría eso...

—¿Cree usted por ventura que trato de humillarla? Nunca, nunca, Carmen. Ha visto usted en el tiempo que nos tratamos que no he querido hacerla llegar la voz de mi corazon, cuando el silencio me mata: si usted pudiera comprender la sinceridad de mis palabras, si no la cegase la desgracia, sabría el inmenso esfuerzo que me cuesta ofrecerla esta miseria. Carmen, en nombre de su padre de usted enfermo, en nombre de su madre... acéptela usted.

—¡Mi madre! La única memoria que guardo de ella, acaso no la vuelva á ver.

Y me enseñó un cordon solo, que siempre llevaba al cuello, del que otras veces habia visto pendiente una crucecita de oro.

Comprendí entonces el objeto de su salida y su entrada con el pan.

—¿Carmen, insistí, quiere usted confiarme dónde se halla la cruz?

—Genaro, me contestó pensativa y sin darme el don por vez primera, hoy no. Acaso otro día...

—No me basta á mí eso. ¿Quiere usted que me vaya tranquilo, que me aleje de aquí, con el convencimiento de que está usted espuesta á mil privaciones, de que puede faltarle el pan, de que tiene usted que empeñar la única herencia de su madre? ¡Oh! Acepte usted si quiera esto...

—¡Imposible! Para que comprenda usted tambien mi negativa, lea usted esta carta.

Y sacó del bolsillo una arrugada, que abrí con preci-

pitacion. Dentro de ella habia un billete de 1,000 reales. La desdoblé y pude leer lo siguiente:

«Niña:

Sabiendo la pobreza en que se halla usted, me tomo la libertad de remitirla esa fineza, ya que nunca ha querido usted recibir nada directamente de mí. En cambio, solo pido ó usted una cosa: poderla hablar á solas un momento.

Su rendido adorador,

Bernardo Meneses.»

—¿Y puede usted pensar, dije asi que hubo concluido su lectura, puede usted pensar que mi oferta es como la de ese jóven? ¿Me cree usted tan vil que trate de comprar su virtud?

—No, y para darle una prueba de que me inspira usted tanta amistad como desprecio *ese caballero*, le suplico se la devuelva cuanto antes pueda.

—¡Oh! Yo la aseguro á usted que se arrepentirá de su accion.

—No lo permito: su vileza debe castigarse solo con el desprecio.

—¿Me prohíbe usted ese gusto?

—Sí: en nombre de nuestra amistad.

Oprimí de nuevo su mano y me retiré.

Mi primer cuidado fue buscar al hombre que tanto me disgustaba. Confieso que sentia una satisfaccion interior, al considerarme dueño de la confianza de la niña y convencido de lo infundado de mis celos.

En Madrid no es difícil averiguar la habitacion de nadie. A los pocos minutos me encontré á un amigo que tambien lo era suyo, y antes de un cuarto de hora me hallaba en una elegante casa de huéspedes de la calle de la Montera.

Pregunté por el que habia creído mi rival y me introdujeron en su despacho, diciéndome que saldria en seguida.

En el rato que tardó me entretuve en mirar la habitacion.

Las paredes se hallaban cubiertas de cuadros al óleo y fotografias. Los primeros eran todos de ninfas y diosas, varios paisajes malos y su retrato: las segundas representaban á las principales amazonas del circo de caballos. Encima de la mesa se veian varios libros, entre los que pude ver varias novelas de Alejandro Dumas y algunas otras de género esencialmente cabelludo.

Al cabo de un cuarto de hora entró el jóven y se adelantó á saludarme con afectacion.

—A qué debo el honor...

—El honor es mio, repuse con cierta ironía. Vengo únicamente á devolver á usted un dinero que se le ha perdido en casa de un anciano, llamado don Alberto. Y le entregué su carta, que tomó con marcado disgusto.

—¿No tendrá acaso dos cuartos para remitirmela por el correo? exclamó sin poder disimular su mal humor.

—Ha creído sin duda quien me envia que no deben confiarse al correo secretos de esta clase, por miedo de una indiscrecion.

—Yo me alegro de que tan buen mensajero la haga llegar á mi poder. Por lo demás, creo que no debia saber un tercero...

—En cuanto á eso, puede usted descuidar. Me ocupo tan poco de lo que no me interesa, que hasta he olvidado ya el objeto de mi visita.

Y tomando el sombrero me despedí de aquel don Juan Tenorio, despues de cambiar mil cumplidos, de esos que nacen en la boca y mueren instantáneamente.

Aquel día hubiera sido uno de los mas felices de mi vida, á no acibararlo el recuerdo de la pobreza de la que consideraba como mi primero y único amor.

VI.

DESENLACE DE LA HISTORIA, EN DONDE SE VERÁ QUE UN NECIO PUEDE SER UTILÍSIMO.

Habian pasado cuatro meses de los sucesos que acabo de referir, en cuyo tiempo no habia vuelto á saber del jóven Bernardo, ni sus inseparables amigos Saturio y Ventura.

Mis relaciones con el poeta loco y su hija habian adquirido gradualmente mayor intimidad, y tanto el uno como la otra me profesaban un verdadero cariño.

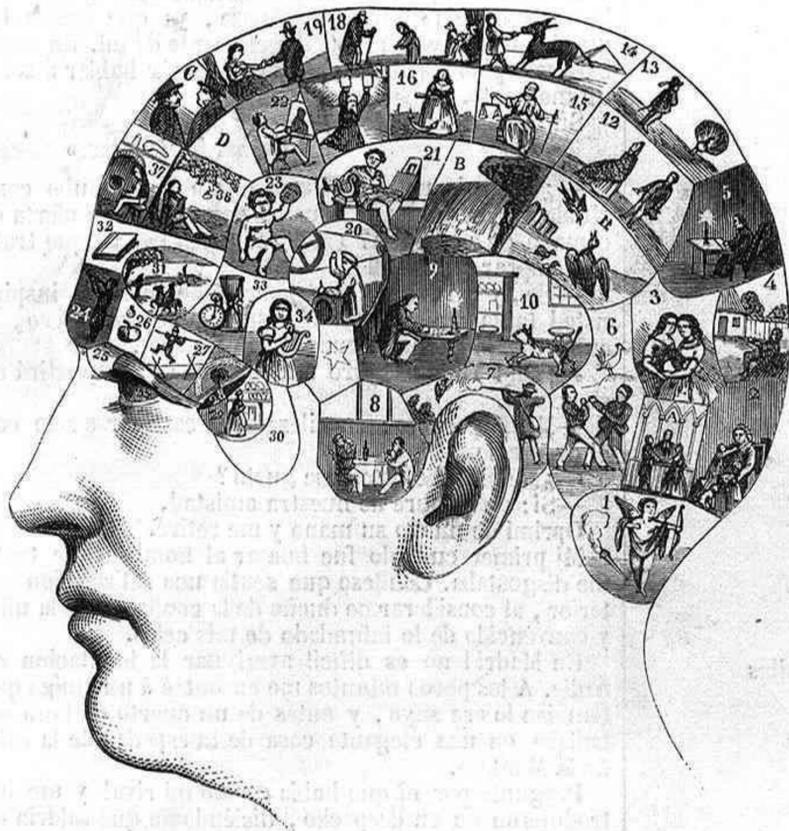
Poco á poco me habia hecho necesario en su casa, en donde pasaba la mayor parte del día. Carmen habia dulcificado su orgullo para conmigo, y mas de una vez la habia acompañado á algun paseo solitario.

Nos dirigíamos por lo regular hácia la iglesia de Atocha á esa hora incierta en que el crepúsculo vespertino suele dar á las nubes un tinte de rosa y oro, que hace aun mas bellos sus contornos.

La Virgen, patrona de Madrid, habia escuchado tambien nuestras oraciones y hasta habíamos formado juntos proyectos para el porvenir. La niña me confesaba con candor cuánto la halagaba mi cariño, y desde aquel momento olvidábamos nuestra amistad para ocuparnos de nuestro amor.

Su mismo padre se complacia en vernos juntos y nos abrazaba al mismo tiempo: aquel pobre anciano no desbarraba mas que al tocarle en su poesia. Entonces nada miraba: nos relataba por la milésima vez sus amores mitológicos, nos hacia caminar por todos los pueblos del globo manifestándonos sus diversas litera-

DE LA DISPOSICION DE LOS ORGANOS EN LA CABEZA HUMANA (1)



- A. El órgano del amor conyugal.
B. El del orgullo.
C. El de la compresion.
D. El de la gracia.
1. El órgano del amor de sexo.
 2. El organo del amor á los hijos.
 3. El de la amistad.
 4. El del amor patrio.
 5. El de la aplicacion.
 6. El del combate.
 7. El de la destruccion.
 8. El de la gula.
 9. El de la adquisividad.
 10. El del silencio.
 11. El de la prevision.
 12. El de la ambicion.
 13. El del amor propio.
 14. El de la firmeza.
 15. El de la escrupulosidad de conciencia.
 16. El de la esperanza.
 17. El de la fe.
 18. El de la humildad.
 19. El de la bondad.
 20. El de la construccion.
 21. El del idealismo.
 22. El de la imitacion.
 23. El de la alegria.
 24. El de la observacion.
 25. El de la forma.
 26. El de la medida.
 27. El del peso.
 28. El del color.
 29. El del orden.
 30. El de los números.
 31. El de lugar.
 32. El de la memoria.
 33. El del tiempo.
 34. El del tono.
 35. El del lenguaje.
 36. El de las cosas causales.
 37. El de la comparacion.

(1) Creemos que nuestros lectores verán con gusto el grabado que acompaña á estas líneas, en el que están marcados los diferentes órganos de la cabeza humana, según los principios frenológicos mas generalmente admitidos en la actualidad. Tanto el grabado como su explicacion, están sacados de una obra que hace poco se ha publicado con grande aceptación en Alemania. Las letras y los números corresponden á las diferentes casillas de la cabeza.

turas, y concluía relatándonos los robos de que habia sido víctima.

Yo era completamente feliz, pues solo esperaba terminar mi carrera de abogado para hacer mi esposa á la que tanto amaba, cuando un accidente imprevisto cortó todos mis proyectos.

Una tarde que me dirigía como de costumbre hacía su casa ví un gran corro de gente en la calle de Atocha, del que salían unos quejidos desgarradores.

Acerqueme á ver qué podia motivarlos, y no sin trabajo pude abrirme paso entre las apretadas filas de curiosos. En el centro de él se hallaba un viejo pálido, ensangrentado y luchando con unos guardias.

Era Alberto.

—¡Dejadme! gritaba arrancándose los cabellos; ¡dejadme! ¡Me la han robado! ¡Dios mio! ¡Dios mio! Esto es infame...

—Es un loco, decian en el corro.

—Yo le conozco mucho, añadia otro.

—Dice que es hijo de Apolo, clamaba un tercero.

—Encerrad á ese pobre hombre, gritaba uno compasivamente.

Los guardias entre tanto trataban de sujetarle, y yo, sin comprender lo que decia y temiendo alguna desgracia, me lancé en medio de ellos, decidido á protegerle en cualquier caso.

Al verme se arrojó Alberto en mis brazos, gritando: ¡Hijo mio! ¡Genaro! La Providencia te envia.

—Pero ¿qué es eso? le pregunté con ansiedad.

—Díles que no estoy loco... díselo... á tí te creerán... ¡me la han robado! ¡Me han robado á mi hija!

—¿Quién? exclamé á mi vez dominado por un funesto presentimiento.

—¿Para qué me devuelves la razon si me privas de mi hija? proseguia el anciano. ¡Esto es horrible, Dios mio! ¡Genaro! Díles que me suelten... ¡no estoy ya loco! ¡No!

—Mi situacion era angustiosísima.

Me esforcé, sin embargo, por apaciguar al loco y le conduje en union de los guardias á su casa, donde le dejé postrado en cama con una horrible calentura y asistido por unas caritativas vecinas.

Allí supe por las personas de la casa que habian visto parar un coche aquella mañana junto á la puerta; que Carmen habia salido como de costumbre á comprar y no habia vuelto; que algunos transeuntes la habian visto meter en el coche en brazos de dos jóvenes, y que creyendo iria enferma no le habian detenido.

Todo esto supe, y la desesperacion me dió fuerzas en aquel momento para deshacer la infame trama.

Corrí á casa de mi amigo, le conté lo sucedido en breves palabras, y tomando un coche de plaza nos dirigimos á la calle de la Montera, á casa de Meneses, por suponerle, como así era la verdad, autor del robo.

Llegamos, subimos precipitadamente la escalera, y nos dijeron que se habia mudado é ignoraban su paradero.

Entonces se apoderó de mí la desesperacion, y fuimos á todas las inspecciones de policia sin conseguir resultado alguno.

El infame habia urdido perfectamente su plan.

Por último, desesperanzados de poder encontrarle,

temiendo llevarle aquella fatal noticia al anciano, que le hubiera costado la vida, é inducido por mi amigo, que viendo el estado de exasperacion en que me encontraba, me lo mandó, entramos en un café, y me arrojé rendido en uno de sus bancos.

El café estaba oscuro, y pude descansar un momento, lo mismo que mi amigo, que temiendo por mi salud, hizo me sirviesen una taza de té.

Al poco tiempo encendieron el gas, y lo primero que ví á su resplandor fue á Ventura, que tenia delante todos los periódicos del dia, y acudia tan temprano á tomar la mesa para sus amigos.

Nos levantamos al mismo tiempo mi amigo y yo, dirigiéndonos á su mesa. Ventura entonces, contento por tener á quién preguntar algo, nos saludó con estas cuantas interrogaciones.

—¡Hola! ¿Son ustedes? ¿Cómo por aquí? ¿Hace mucho que han venido? ¿Quiéren ustedes tomar algo?

—Mi amigo me dió con el codo, temiendo que mi impaciencia nos hiciese perder aquella ocasion providencial de averiguar el paradero de Bernardo, y se encargó de contestarle.

—Gracias, hemos tomado ya. Venimos solamente á tener el gusto de saludarle.

—¿Qué hay de nuevo?

—¡Oh! nada, respondió mi amigo con indiferencia. ¿Y Saturio?

—Bueno: es decir, ahora precisamente...

—¿Y Bernardo?

—¡Buena pieza! ¿Saben ustedes lo que ha hecho?

—No.

—Pues ha robado una muchacha.

Yo me deshacia al escucharle, y de buena gana le hubiera ahogado; pero mi amigo, mas prudente, me volvió á recomendar el silencio, y le contestó riéndose.

—¡Ja! ¡ja! Eso es una broma... como si fuésemos chiquillos... ¡bonita novela nos está usted contando!

—¿Eh? No es broma; Bernardo tiene mucha chispa para eso... cuando se empeña en una cosa...

—Vamos, le ha contado á usted esta historia, para reirse y adquirir fama de calavera.

—¿Cuánto apuesta usted que es cierto?

—Apostaria cualquier cosa.

—¿Va al café?

—¡Vaya!

—¿Con copa?

—¡Con copa!

—¿Y unos cigarros?

—¡Cuanto usted quiera!

—Pues vamos á verle... ¡ay! ahora caigo. Hoy es domingo, y si me marchó no vamos á tener luego mesa.

—Pues nada. ¿Dónde vive? Nosotros iremos á buscarle.

—¿Dónde vive? En la calle de Alcalá; pero no estará ahora en su casa. Como es primer dia estará con su paloma...

—¿Dónde?

—Ahí, en un callejon de la Plaza Mayor, muy oscuro...

—¿El del 7 de julio?

—No sé: donde vivió Merino.

—Gracias. Volveremos con él.

Y nos salimos apresuradamente á la calle, mientras decia Ventura al mozo:

—¡Chico! ¡Un café con copa y unos puros. Esos tontos lo pagarán!

Antes de cinco minutos estábamos en dicha calle. Como afortunadamente es chica, no tardamos en saber que se habia mudado hacia quince dias á una de sus casas, un caballero, que por las señas conocimos ser Bernardo. Subimos dos pisos; llamamos á una puerta que no tenia campanilla, y al cabo de un buen rato, durante el cual no dejamos de golpearla, se abrió de repente, saliendo de ella Carmen, en un estado de desesperacion, imposible de describir. Al verme lanzó un grito y se arrojó en mis brazos. En el fondo de la habitacion estaba Bernardo, que al vernos se puso pálido, y retrocedió hasta la pared pronunciando un juramento. Yo traté de arrojarle sobre él; pero mi amigo, mas prudente, cerró la puerta, por evitar á la niña otro escándalo, y solo tuve tiempo para decirle con acento amenazador:

—¡Nos veremos!

Carmen entre tanto lloraba sin apartarse de mí y preguntando por su padre. Yo traté de tranquilizarla y nos dirigimos á pie hácia su casa, para que en el camino tuviera tiempo de serenarse y nos refiriera lo sucedido.

El relato era sencillo y fácil de adivinar. Sorprendida aquella mañana por Saturio y Bernardo, habia sido conducida hasta aquella casa, en donde se habia quedado solo este último con ella. Allí la habia pintado una violenta pasion y disculpádose de la manera de ejecutarla, durante todo el dia; pero viendo que sus razonamientos eran vanos, habia tratado de conseguir por medio de la violencia sus infames deseos, trabándose una lucha horrible en que habia salido vencedora la niña.

Mas tranquila ya, la referí la desesperacion de su padre y la previne de su enfermedad. Efectivamente, cuando llegamos continuaba delirando; pero así que sintió la boca de su hija que le cubria el rostro de besos, se incorporó en la cama y elevando las manos al cielo, —gracias, Dios mio,—esclamó; gracias porque me has devuelto la razon y mi hija.

Si Genaro, continuó abrazándome, Dios me ha permitido leer en esa vida de su sufrimientos que ha pasado mi Carmen para procurarme la subsistencia.

¡Bendita seas, y tú tambien que la devuelves á mis brazos!

Aquella escena era conmovedora. Todos llorábamos y sin embargo, me desprendí de sus brazos para ir á cumplir una obligacion.

Al tiempo de retirarme me mandó acercar Alberto á su cama, y juntando la cabeza de Carmen y la mia en un abrazo, nos dijo en voz baja:

—No he estado tan loco que no haya comprendido vuestro cariño. ¡Que Dios que me ha devuelto la razon lo bendiga en este momento como lo hago yo!

Al poco tiempo me encontraba en el café con mi amigo.

En la mesa ocupada hacia una hora por Ventura, se hallaban tambien Saturio y Bernardo.

Yo me adelanté á ellos, y dirigiéndome á Ventura en voz muy alta para ser oido, le dije:

—He perdido la apuesta y estoy pronto á pagarla.

¡Este caballero es un infame ladrón como espero probarse en cuanto se halle pronto á seguirme!

Bernardo se levantó pálido de ira, y Saturio, y mi amigo, se pusieron en medio haciéndole sentar, y obligándole á que saliera yo del café.

Al dia siguiente por la mañana, y detrás de las tapias del Retiro, caía Bernardo en tierra herido por mi pistola.

Un mes despues, se celebraba mi boda con Carmen, sin lujo ni aparato alguno.

Solo presenciaban el acto religioso un pobre viejo que no se cansaba de bendecirnos, un buen amigo que me habia ayudado en el descubrimiento del robado tesoro, y un necio, que por haberme favorecido sin saberlo en mi empresa, habia incurrido en el enojo de sus compañeros.

Confio en que la bondad del Señor iluminará su limitada inteligencia, si él pone algo de su parte, no leyendo mas que dos ó tres periódicos por dia y reteniendo el caudal de preguntas, que es lo único que turba hoy dia mi felicidad.

MANUEL OSORIO Y BERNARD.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Si buen comerciante llamas al arruinado ¿Cómo llamarás al enriquecido? llámale afortunado.

Errata.—En el número anterior, página 74, columna 5.ª, entre las líneas quinta y sexta, se ha olvidado el verso siguiente:

«que se pusiera á los lobos»

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD. IMPRENTA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 4.